



Tоторa

Juan Fernández-Armesto

Publicado en *La Voz de Galicia* el 12 de junio de 1999

Ahora que lo pienso, tenía muchos nombres: Tоторa para sus amigos de la infancia coruñesa (a veces incluso Tоторita, aunque ella odiaba el diminutivo), Viktoria (con «k»), para sus amigos alemanes, Victoria Armesto en el mundo del periodismo, María Victoria Fernández-España en la política, Doña Victoria a secas entre sus viñedos en La Rioja. Muchos nombres para una vida intensa. Huérfana de padre a los dos años, tras un trágico accidente del malogrado ingeniero España. Testigo infantil de la Guerra Civil en La Coruña, reducida en sus recuerdos a continuas procesiones (en las que los parientes Hervada parece que siempre llevaban el pendón) y en desfiles postineros del somatén local.

Frío, hambre y deficiente educación en un colegio de monjas de la posguerra, que abandonó en seguida, quizá porque las madres descubrieron que a escondidas escribía poesías en el water.

Juventud de *niña bien* en La Coruña, entre bailes en el Náutico y concursos hípicas con bizarros capitanes de caballería. Como amazona no debió de hacerlo del todo mal. Varias copas de plata, a las que siempre les tuvo mucho cariño, son testigo. Tenía sus *pollos* admiradores. Uno le dedicó una poesía que comenzaba: "Tоторa, tienes nombre de acorazado japonés...". Eran los tiempos de Pearl Harbour.

Curso acelerado de periodismo en la recién creada Escuela Oficial, con expedición de carné incluida. Primeros pinitos como periodista en el *Pueblo* de Emilio Romero. Y después una gran cesura en su vida: su boda con Felipe Fernández-Armesto, *Augusto Assía*, que hizo saltar en mil pedazos el previsible iter vital de una niña mona (Alejandro Royo-Villanova asegura que muy guapa) de la burguesía coruñesa.

Cinco años en Estados Unidos, de los que volvió con un hijo en brazos y una gran admiración por la democracia liberal y por el *american way of life*. Los

lectores del *Pueblo* pudieron compartir a través de los artículos de la ya Victoria Armesto, el impacto que el cosmopolita y vanguardista Nueva York ejerció sobre una joven y sensible periodista española.

Diez años en la Alemania de la posguerra, gris y opresiva. De esa época es mi primer recuerdo: jugando a *la croqueta* en la cama de su dormitorio. Los demás forman parte de mí.

Aprovechó los años alemanes para completar su formación. A su manera. De forma autodidacta. Leyendo todo lo que caía en sus manos y resumiéndolo en miles de notas, escritas en su estilo inimitable, fresco, irónico, notas que guardaba celosamente (aunque no siempre con buen orden). Y escuchando. Aprendió escuchando a los maestros del galleguismo que en los largos veranos aparecían por Vigovidín: Otero Pedrayo, Cunqueiro, García Sabell, González López, Martínez Barbeito...

Fruto del esfuerzo fueron varios libros de divulgación sobre la historia de Galicia (entre los cuales *Galicia Feudal*, con tres ediciones, es el que ha dejado un rastro indeleble), y unas profundas convicciones galleguistas (que le valieron uno o dos disgustos familiares con el Fraga ministro de Información y Turismo).

Y llegó la democracia. Tras el matrimonio, éste es el segundo gran giro en su vida. Yo recuerdo nuestro entusiasmo ante el cambio, mezclado con miedo ante el futuro, la ebullición política, las continuas reuniones en Xanceda... Para entonces los ideales políticos de María Victoria Fernández-España se habían asentado en un galleguismo historicista y moderado y en un liberalismo radical. Pero entiéndase bien: liberalismo, en el sentido coruñés y decimonónico, liberalismo como el de Díez Porlier y los Mártires de Carral (sobre quienes escribió su último libro), liberalismo centrado en el respeto a la libre elección de cada ciudadano.

Buena prueba de que su liberalismo trascendía todas las ideologías (y también de la ingenuidad de los tiempos), es que tuvo dos ofertas para presentarse a las primeras elecciones democráticas: con Alianza Popular y con el PSOE histórico. Fraga la convenció de que eligiera la primera.

Su carrera política estuvo centrada en la Mesa del Congreso, en la que estuvo más de 10 años, defendiendo lo mejor que pudo los intereses de la oposición.

Su día de gloria fue cuando Gerardo Fernández Albor, el candidato a quien, de forma rocambolesca, había logrado convencer para que se presentara con AP, ganó las primeras elecciones a presidente de la Xunta.

La política no le impidió continuar con su dedicación al periodismo. Casi a diario encontraba tiempo para escribir sus artículos en *La Voz*. Sobre los temas más variados (recuerdo una serie sobre recetas de cocina), siempre amenos e interesantes. En ocasiones -para desesperación del director de turno- demasiado largos para los tiempos que corren. El periodismo, y en especial el periodismo en *La Voz*, han sido sus grandes pasiones. Nieta del fundador, nació justo encima de la rotativa. Cuenta la leyenda familiar que para facilitar el nacimiento, y reducir el ruido y las vibraciones en el dormitorio, hubo que parar máquinas en mitad de la noche. En ese lejano día de 1925, por una vez *La Voz* llegó tarde a su diaria cita con los lectores.

Durante sus años políticos defendió a sus electores y defendió sus ideales. Pocos diputados habrán estado más volcados en resolver -o al menos intentar resolver- las peticiones de sus votantes. Su oficina parlamentaria era un continuo trasiego de peticionarios de todas clases, cuyas pretensiones ella

procuraba satisfacer con interpelaciones, propuestas de ley y -cómo no- con recomendaciones. Pero sin olvidar los ideales: defendió sus convicciones atlantistas en el referéndum sobre la OTAN y abandonó la política.

Para comenzar, a los 65 años, una exitosa actividad como viticultora.

La cruel enfermedad, contra la que infatigablemente luchó desde su inquebrantable fe, ha segado su vida, cuando aún estaba llena de entusiasmo, proyectos, ilusión.

Nos deja el ejemplo de su tesón. Tesón para superar las barreras angostas de una villa provinciana, de una educación informal, de una España cerrada, de una sociedad antifeminista; tesón para formarse, para aprender, para volcarse en sus libros, para convencer a sus electores, para defenderse en la política y de los políticos. Muy poco le fue regalado. Sus metas las alcanzó siempre con su espíritu indomitable y su fuerza inextinguible. Su innato don de gentes le ayudaba. Tenía don de gentes, porque realmente le interesaban las personas. Y el que estaba frente a ella notaba interés y genuina voluntad de ayudar. Sus frecuentes regalos, en general de escaso valor, muchas veces *reutilizados*, no eran más que la expresión externa de su actitud vital: no importa lo material, lo que vale es el aprecio y la disposición a hacer el bien.

De mortuis nullum nisi bonum. En cuántas ocasiones cumplir con este principio moral exige esfuerzo. No así en este caso (y espero que no me ciegue pasión filial). Sus pocos enemigos (que alguno tendrá) no podrán negar, y ahí están sus familiares, sus miles de amigos, partidarios y lectores para afirmar a viva voz, que volcó su vida en procurar la máxima felicidad al mayor número de personas. Y en eso consiste el *bonum*.